El «chivo» como símbolo mítico-religioso en *La Fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa

Alina ȚIȚEI

The goat is a symbolic animal which bears multiple mythological and religious connotations. Consecrated to Dionysus in ancient Greece, the goat stands for lasciviousness, lust and unbridled sexuality. For the Israelites it was the propitiatory beast - the scapegoat - abandoned in the desert carrying the sins of the people. In Medieval iconography the goat's horns and feet were the attributes of the devil; moreover, it was the obscene saddle of witches. The present article intends to meet these significations in the analysis of the dictatorial figure of Mario Vargas Llosa's novel, Rafael Leónidas Trujillo, suggestively dubbed the Goat, and to establish a series of symbolic analogies between the negative characteristics of the demonic creature and the idiosyncrasy of the Caribbean tyrant from the triple perspective of mythology, anthropology and religion.

En los albores del nuevo milenio, Mario Vargas Llosa, recién galardonado con el Nobel de Literatura, ofrecía al público su segunda novela sobre la dictadura: *La Fiesta del Chivo* (2000).

La edición primigenia de la obra viene acompañada por un aparato paratextual que, en su conjunto, la orienta hacia una intencionalidad netamente simbólica. A estos efectos, tres serían los paratextos que convendría analizar: la cubierta, el título y el epígrafe.

La cubierta - alegoría que sirve de guía para la entrada a la novela -, ostenta un fragmento del extraordinario fresco sienés *Alegoría del mal gobierno*, cuyo autor, el pintor de estilo italo-gótico Ambrogio Lorenzetti (1290-1348), desarrolló su actividad en la primera mitad del siglo XIV. La pintura presenta una ciudad amurallada en plena noche, donde impera la desolación y el temor. En medio aparece el Tirano, personaje masculino vestido de negro, con aspecto demoníaco - cuernos en la cabeza, colmillos aterradores, un manto dorado sobre sus hombros y a sus pies un macho cabrío - que representa el control y el poder absoluto. Está rodeado por la Soberbia, la Avaricia y la Vanagloria. A su derecha lo acompañan sentados la Crueldad, la Traición y el Fraude, mientras que a su izquierda se hallan el Furor, la Envidia y un diablillo. Con aire sombrío, los súbditos brindan sus tributos al Tirano en el cáliz que sostiene en una mano; en la otra, el tizón está preparado para amedrentarlos. Bajo el trono yace, maniatada e impotente, la Justicia, quien contempla, firmemente sujetada por uno de los fámulos del

BDD-A139 © 2011 Editura Universităţii „Alexandru Ioan Cuza"
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-13 07:50:54 UTC)

gobernante, cómo se cometen impunemente actos de rapiña y violencia a su alrededor. Consiguientemente, a partir de esta representación simbólica, bien podríamos pensar que la novela está enfocada hacia la interpretación del régimen dictatorial de Rafael Leónidas Trujillo, también apodado el Chivo, en términos de una alegoría mítica debido a la presencia del demonio, los ángeles y algunos hombres apesadumbrados que parecen suplicar o lamentarse.

Por otra parte, el título de la novela es polémico[1] y sugestivo a la vez, entrañando igualmente ciertos tintes de ambivalencia. Asimismo, a diferencia de su primera novela sobre la dictadura (i. e. *Conversación en La Catedral*, 1969 - visión de la sociedad peruana durante «el ochenio» del régimen totalitario encabezado por el general Manuel Apolinario Odría), en ésta Vargas Llosa abandona la alusividad con respecto a la figura del dictador y, por el contrario, muestra con ostentación desde el mismo título al «Chivo», apelativo con el que se conocía a Trujillo, quien dirigió los destinos de la nación dominicana poco más de tres décadas (1930-1961). El potencial sugerente del título se trasluce de la simbología que encierra. A lo largo de la novela aparece constantemente la referencia al dictador como «el Chivo», un apodo que el pueblo le había concedido a Trujillo, a espaldas de éste, principalmente por la lujuria y los excesos sexuales de los que él mismo hacía gala y por la fama de su potencia viril que tan orgullosamente exhibía, «una fama que todo dominicano, bien nacido o mal nacido, aspira a alcanzar. Gran Singador, Macho Cabrío, Feroz Fornicador»[2]. Es también el sobrenombre que utilizan los conjurados, quienes, durante la larga espera de la emboscada, «en aras de un mismo propósito: matar al Chivo»[3], se ven alentados por el pensamiento de reventar las balas de sus pistolas en aquellos ojos fríos de iguana y tener a sus pies «el cadáver del Chivo cosido a balazos»[4].

Si atendemos a la interpretación que, sobre este singular animal, proporcionan la mitología y la simbología del bestiario, descubrimos que el chivo es una figura con atributos peculiares, interpretada casi exclusivamente de manera negativa. Encarnando la perversión del impulso vital, la corrupción del instinto sexual, el macho cabrío alude también al engaño, al error y la avaricia. Sin embargo, en la India es emblema solar, consagrado al dios del fuego. Las imágenes cósmicas de la época precristiana destacan su virilidad o lo representan de forma más bien grotesca a guisa de criaturas mixtas que se evidencian por su desenfrenada lascivia. Con el tiempo, la represión cada vez más acerba de la sexualidad, hizo que el chivo se convirtiera en un ser hediondo, repulsivo, que busca su satisfacción y que en el

[1] Cabe notar la simbiosis que opera el escritor para componer el título de su obra, ya que incluso desde su publicación se ha generado toda una controversia en torno a las similitudes que guarda con el título de otra novela sobre Trujillo, *La Fiesta del Rey Acab* (1971), del chileno Enrique Lafourcade, o con uno no menos evocador, el de un cuento escrito por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, *La Fiesta del Monstruo* (1947), una dura crítica a las crueldades cometidas bajo la dictadura de Juan Domingo Perón.

[2] Mario Vargas Llosa, *La Fiesta del Chivo*, México, Alfaguara, 2000, p. 134.

[3] Mario Vargas Llosa, *óp. cit.*, p. 44.

[4] *Ibídem*, p. 49.

BDD-A139 © 2011 Editura Universităţii „Alexandru Ioan Cuza”
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-13 07:50:54 UTC)

Juicio final personifica al condenado al castigo eterno del infierno. Asimismo, en la Edad Media la iconografía se ha encargado de representar al diablo con muchas de las características del macho cabrío, entre ellas los cuernos y las patas, características a las que pueden haber contribuido el relato de Heródoto sobre el culto sexual de Baphomet de Mendes, macho cabrío adorado en la ciudad egipcia del mismo nombre y, además, el pretendido ídolo que veneraban los Templarios -símbolo de los poderes de las Tinieblas combinados con la fertilidad del chivo -, y el rito bíblico del «chivo expiatorio» que, como portador de toda la corrupción pecaminosa del ser humano, era expulsado hacia el desierto. En el *Bestiarum* medieval, el macho cabrío es un «animal lascivo, acorneador, siempre ansioso de apareamiento. Por su naturaleza es tan ardiente que su sangre es capaz de disolver diamantes que de otro modo no pueden quebrantarse ni por el fuego ni por el hierro»[5]. Mezcla de fauno y sátiro, presidía los aquelarres e interactuaba con las brujas, que solían ser representadas montando este animal que las transportaba por los aires.

El chivo es también un animal trágico, habiendo una relación directa entre el origen de la tragedia, el culto a Dionisos y este animal que le ha dado su nombre. En el calendario de los griegos, así como en el de otros pueblos vecinos, existían varias fechas consideradas «fiesta» en las cuales se llevaban a cabo celebraciones licenciosas y orgiásticas, mascaradas, danzas acompañadas de música, banquetes o procesiones. Durante estas auténticas bacanales, como las que describe Eurípides en *Las Bacantes*, o fiestas dionísiacas, se entonaba el ditirambo: el himno en honor al dios. Este himno, que recibe el nombre de *tragodia* (tragedia), o literalmente «canto del macho cabrío», suele ser acompañado por el sacrificio de un cabrito, animal de naturaleza ardiente y prolífica, al que Dionisos encontraba especialmente caro. Según la leyenda tebana, el dios, fruto del amor extraconyugal de Zeus y la mortal Sémele, hija de Cadmo, rey de Tebas, es entregado por Hermes a las ninfas después de haber sido metamorfoseado temporalmente en cabrito para evitar que Hera lo reconociera y así descargara sobre él su cólera de esposa engañada. Por lo tanto, queda patente que el chivo está particularmente consagrado a Dionisos, personificación de la fiesta, la locura ritual y el éxtasis, la exaltación y el caos; es, en otras palabras, su víctima escogida y, asimismo, gracias a sus atributos, el animal que representa simbólicamente a Trujillo.

En relación con lo anteriormente mencionado, destacamos la palabra «fiesta», el primer elemento que configura el título y que entraña tres posibles interpretaciones: por una parte, alude a las fiestas orgiásticas del Chivo, el «Gran Fornicador», el Macho Cabrío satánico, cuya concupiscencia desmesurada y apetito sexual insaciable, a pesar de sus ya setenta años, recuerdan, no sin un leve matiz de ironía, a los antiguos que se entregaban voluptuosamente a los placeres carnales durante las deleitosas bacanales. Ramfis, el hijo predilecto del tirano, se precia de ser tan

[5] Cf. Hans Biedermann, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1993, p. 286.

BDD-A139 © 2011 Editura Universităţii „Alexandru Ioan Cuza”
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-13 07:50:54 UTC)

potente y vigoroso como su progenitor, la serie de perversiones político-sexuales que el padre y su primogénito emplean para violar a las jóvenes dominicanas o seducir a las esposas de sus colaboradores más cercanos ocasionando efectos nocivos en la identidad de estas mujeres.

Por otra parte, el término remite a las «orgías sanguinarias» que Trujillo, a veces en contubernio con Ramfis, o éste solo, ordenan y presiden contra cualquiera que osara desafiar al régimen o contra aquéllos que, la imaginación enfermiza del líder, convierte en una amenaza directa para la seguridad personal o nacional. En este caso, existe una relación inmediata entre tortura y fiesta: los verdugos gozan con la sangre, el suplicio y, finalmente, con la muerte de sus víctimas. En las torturas que se narran en la novela se respira casi siempre una atmósfera eufórica, acompañada de risas y voces ebrias: el martirio salvaje que infligen a los asesinos de Trujillo, la represión brutal contra los miembros del Movimiento 14 de Junio, liderada por los vástagos del dictador, Ramfis y Radhamés, la tortura del general Pupo Fernández, así como la del conspirador Salvador Estrella Sadhalá, o la terrible matanza de haitianos ordenada por Trujillo en octubre de 1937. Sin embargo, en la novela aparecen también otras fiestas que protagoniza la familia presidencial. La Prestante Dama, doña María Martínez, la tercera y última esposa del autócrata, vive inmersa en un mundo bohemio de fiesta y recitales poéticos, mientras que los hijos, «bohemios, haraganes sin carácter ni ambición, buenos sólo para la parranda»[6], llevan una vida alegre plagada de extravagancias y amores fáciles. Se cuenta además la fiesta de Ramfis y sus compinches que acaba en la tragedia de Rosalía Perdomo o el enfrentamiento de éste y los conjurados en la finca del hijo del dictador; allí los prisioneros avistan «una terraza con siluetas de hombres con vasos en las manos»[7], entre los que distinguen a Ramfis y a sus dos amigos de siempre. El mensaje que transmiten las palabras del narrador es sugerente: «"Está borracho", pensó Salvador. Tuvo que emborracharse para celebrar su última fiesta, el hijo del Chivo»[8]. Ésta será, efectivamente, la última fiesta de Ramfis, antes de abandonar el país y huir al exilio, pero la última fiesta de Trujillo se celebrará apenas en el capítulo final de la novela, donde, en la Casa de Caoba, el senador Agustín Cabral, íntimo colaborador del déspota, ahora caído en desgracia, no vacila en ofrecerle la virginidad de su hija Urania, una jovencita de catorce años, para congraciarse con el Jefe. Es como un Abraham bíblico que entrega lo más valioso: su única hija en sacrificio a su Dios, a saber, Trujillo, que desde los sectores más cercanos al régimen hasta las clases más pobres de la nación es percibido como un padre protector, un ser divino, el mesías salvador, el elegido de la Providencia. Pero lo que Trujillo esperaba en aquellos momentos de Urania no era amor, ni siquiera placer, sino más bien comprobarse a sí mismo, en su desmedida vanidad, que «Rafael Leónidas Trujillo Molina era todavía, pese a sus setenta años, pese a sus problemas de próstata, pese a los dolores de cabeza que le

[6] Mario Vargas Llosa, *óp. cit.*, p. 32.
[7] *Ibídem*, p. 443.
[8] *Ídem*.

BDD-A139 © 2011 Editura Universităţii „Alexandru Ioan Cuza"
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-13 07:50:54 UTC)

daban los curas, los yanquis, los venezolanos, los conspiradores, un macho cabal, un chivo con un güevo todavía capaz de ponerse tieso y de romper los coñitos vírgenes que le pusieran delante»[9]. No obstante, en obvio contraste con la imagen que deja entrever, el dictador vive atormentado por el dolor ante la impotencia y de todos sus problemas ése es el que más lo preocupa: «Éste no era un enemigo que pudiera derrotar como a esos miles que había derrotado a lo largo de sus años. Vivía dentro de él, sangre de su sangre. Lo estaba destruyendo ahora que necesitaba más fuerza»[10]. Aun así, hasta casi el final de su vida, él logra que el pueblo lo siga viendo como al seductor, al hipnotizador, cuya mirada, imposible de resistir, había seducido y hechizado a todo el país: «poco a poco, la gente iba perdiendo el miedo, o, más bien, rompiéndose el encantamiento que había tenido a tantos dominicanos entregados en cuerpo y alma a Trujillo»[11]. Por último, vale evocar la ceremonia que festeja la condecoración del ex *marine* Simon Gittleman o el «magno acontecimiento que celebra los veinticinco años de la Era de Trujillo»[12], una magnífica fiesta que presagiaba el ocaso del régimen.

La tercera posibilidad interpretativa de la palabra apunta hacia el concepto de «gran festejo», que cobra dimensiones nacionales y que ocurre en un tiempo y espacio propicios para celebrar, paradójicamente, nada menos que la muerte del dictador. A esta muerte y a la «fiesta» que ella supone, hace referencia, obviamente en una perspectiva irónica, el epígrafe de la novela, que destaca la celebración de la muerte del Chivo y delimita el tema de la novela - el asesinato de Trujillo: «El pueblo celebra / con gran entusiasmo / *la fiesta del Chivo* / el treinta de mayo»[13]. Los versos son tomados de un merengue (*Mataron al Chivo*), «el gran foro de los dominicanos: a través de él expresamos lo que somos, nos identificamos. El merengue es nuestra primera cédula de identidad universal como pueblo […]. Trujillo, con su profunda y perversa intuición, captó eso e instrumentó el merengue en su beneficio, convirtiéndolo en un medio de propaganda y dominación ideológica. Trujillo despojó al merengue de su dignidad»[14]. Y es precisamente el dictador quien, entre todas sus tropelías y barbaridades, se dispone a ubicar y dimensionar este género musical nativo, imponiendo el merengue en los grandes salones de fiesta, los clubs sociales y en toda la geografía nacional a partir de los años treinta, en su afán de asociar su imagen al gusto musical del pueblo humilde. Cuando asume el poder (el 16 de agosto de 1930), Trujillo señala entre sus prioridades el «restablecimiento de estilos de vida, tradiciones y costumbres nativas en desuso u olvidadas», programa que tenía como núcleo revitalizador al merengue. El cambio político y la esperanza que suscita el nuevo líder se traslucen

[9] Mario Vargas Llosa, *óp. cit.*, p. 508.
[10] *Ibídem*, p. 26.
[11] *Ibídem*, p. 490.
[12] *Ibídem*, p. 131.
[13] *Ibídem*, p. 9 (cursivas añadidas).
[14] Rafael García Romero, *La ruta de una pasión danzaría. Entrevista a Darío Tejeda*, in: *[A]hora*, nº 1256, 27 de mayo de 2002, http://www.ahora.com.do/Edicion1256/SECCIONES/cultura2.html (Consulta: 01/02/2011).

BDD-A139 © 2011 Editura Universităţii „Alexandru Ioan Cuza”
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-13 07:50:54 UTC)

en los versos del merengue *Se acabó la bulla*, la voz del pueblo que acompaña su llegada al poder: «Horacio salió / y ahora entra Trujillo. / Tenemos esperanza / en nuestro caudillo. / Se acabó la bulla, se acabó. / Se acaban los guapos, se acabó. / Ni colú ni bolo, se acabó / Eso de partidos, se acabó». Lamentablemente, lo que en aquel entonces la nación dominicana no sospechaba era que el entusiasmo de un nuevo comienzo iba a dar paso a una tremenda y desconocida maquinaria de propaganda ideológica, fundamentada en el culto a la persona de El Jefe y a los valores simbolizados por él. Y, como una ironía de la vida, tras largos años de glorificar su nombre, su persona y sus logros, el mismo género popular - el merengue - cantaría y festejaría su muerte[15].

La muerte del Chivo representa el momento crucial, crítico, alrededor del cual giran los veinticuatro capítulos de la novela, distribuidos en tres historias principales: la historia actual, treinta y cinco años después de haber concluido la Era del terror, desde la perspectiva de Urania Cabral, encarnación de todas las mujeres víctimas de los abusos sexuales del tirano; la historia de Trujillo el día de su muerte; por fin, la historia del complot para matar al dictador, la tortura y muerte de los conjurados y el nuevo gobierno. Cabe señalar que las primeras dos historias guardan algunas semejanzas destacables, lo cual resalta todavía más el papel de Urania y su nexo directo con la «fiesta» del Chivo: ambas tienen la misma extensión, respectivamente seis capítulos lineales cada una si prescindimos del séptimo capítulo de Urania que cierra la novela, y se desarrollan, de forma simétrica al número de capítulos del libro, en términos de las veinticuatro horas de un día. Por consiguiente, este acontecimiento de suma trascendencia es el que rige el armazón estructural de la obra, puesto que la primera representación a nivel diegético de la muerte del dictador se produce en un espacio textual preciso, a saber el capítulo doce, situado exactamente en el centro de la novela. El asesinato se convierte así en el núcleo formal y temático que gobierna la arquitectura novelesca, ya que todos los demás capítulos, aquéllos dedicados a Trujillo y a los conspiradores e incluso aquéllos centrados en torno a Urania, aunque obedecen a otra lógica, convergen temporalmente hacia él.

La desaparición física de Trujillo, a manos de aquéllos que el pueblo ha llamado los «ajusticiadores», abre para la sociedad dominicana el paso hacia una nueva etapa histórica. Con la muerte del Chivo, el pueblo, prácticamente ausente dentro de la novela, un pueblo de hombres aletargados, envilecidos, oprimidos, a quienes el tirano había quitado «el atributo sagrado que les concedió Dios: el libre albedrío»[16], y que viven en adoración a su Verdugo y su Señor, se libera del yugo dictatorial y enfila el camino de la libertad nacional y la reconstrucción social. La representación de esta entidad abstracta - el pueblo, por fin sublevado - sólo está transmitida al lector por mediación de los conjurados, no obstante a través del epígrafe, el narrador parece legitimar su existencia, rescatar su imagen y restituirle,

[15]Cf. Ernesto Márquez, *La era del merengue*, in: *La Jornada*, 20 de mayo de 2000, http://www.jornada.unam.mx/2000/05/20/esp1.html (Consulta: 01/02/2011).

[16] Mario Vargas Llosa, *óp. cit.*, p. 190.

BDD-A139 © 2011 Editura Universităţii „Alexandru Ioan Cuza”
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-13 07:50:54 UTC)

aunque de forma velada, su autoridad. Asimismo, a la luz del epígrafe, la muerte del Chivo podría interpretarse como el sacrificio del chivo expiatorio, practicado en los tiempos bíblicos, en tanto que el pueblo dominicano, sin duda su víctima, pero también su cómplice a la vez, encarna al Israel liberado de la opresión y esclavitud del pecado.

Pues bien, el origen de este ritual inmolatorio se halla en los preceptos relativos al culto que Moisés establece para los israelitas en el cuarto libro del Pentateuco; dicho ritual ha llegado a designar un mecanismo psico-social al que el pensamiento judeocristiano le ha otorgado valor universal. Según el pasaje bíblico contenido en el Levítico[17], el ritual del chivo expiatorio viene presentado como el momento de mayor trascendencia de un complejo rito anual conocido como «día del Gran Perdón» o «día de la Expiación» (en hebreo, *Yom Kipur*). Con tal motivo, el sumo sacerdote colocaba sus manos sobre la cabeza del animal y confesaba sobre él todos los pecados de los hijos de Israel; así, él transfería las culpas del pueblo a un chivo que, subsecuentemente, era arrojado al desierto, llevando consigo la ignominia y la corrupción con que lo habían gravado. De este modo, la comunidad entera quedaba purificada. El macho cabrío, que cargaba sobre sí todos los males de los israelitas y que era enviado a una tierra inhabitada, iba destinado a Azazel, una figura que aparece solamente en este relato bíblico, identificada por los eruditos como un demonio del desierto o como el mismo Satanás. En sentido religioso, el chivo está igualmente relacionado con la estrella pentagramática de la Cábala, un símbolo que puede alcanzar connotaciones maléficas si dos de sus puntas están vueltas hacia arriba: entonces se inscribe dentro de ella el chivo demoníaco.

Por extensión, a raíz de la práctica judía, los especialistas han atribuido esta denominación de chivo expiatorio a un tipo de rituales en que las desgracias, transgresiones o iniquidades de un determinado grupo social se concentran en un animal, objeto o persona, al que se aparta, se mata, o se hace desaparecer de cualquier otra forma. Se trata de ritos muy difundidos cuya antigüedad se remonta a la Grecia antigua y que, además de entrañar un carácter periódico y festivo,

[17] «De parte de la comunidad israelita tomará Aarón dos chivos como sacrificio por el pecado, y un carnero para ofrecerlo en holocausto. Ofrecerá entonces el becerro como su propio sacrificio por el pecado, para obtener el perdón de sus propios pecados y de los de su familia. Después tomará los dos chivos y los ofrecerá ante el Señor, a la entrada de la Tienda del Encuentro; luego echará suertes sobre los dos chivos: una suerte será por el Señor, y la otra por Azazel. El chivo sobre el que recaiga la suerte por el Señor, lo ofrecerá Aarón como sacrificio por el pecado; pero el chivo sobre el que recaiga la suerte de Azazel, lo presentará vivo ante el Señor para obtener el perdón de los pecados, y después lo echará al desierto, donde está Azazel […]. Cuando Aarón haya terminado de purificar el santuario, la Tienda del Encuentro y el altar, mandará traer el chivo que quedó vivo y, poniendo sus manos sobre la cabeza del animal, confesará sobre él todas las maldades, rebeliones y pecados de los israelitas. De esta manera pondrá los pecados sobre la cabeza del chivo, y una persona se encargará de llevarlo y soltarlo en el desierto. Así, al perderse el chivo en el desierto, se llevará todas las maldades de ellos a tierras deshabitadas», in: *Levítico*, 16, 5-11; 20-23, *Santa Biblia* "Dios Habla hoy", 2ª edición, Madrid, Sociedad Bíblica, 1994, p. 119-120.

BDD-A139 © 2011 Editura Universităţii „Alexandru Ioan Cuza"
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-13 07:50:54 UTC)

podían ser igualmente ocasionales, celebrándose en situaciones excepcionales como epidemias, carestías u otras catástrofes naturales; el propósito era eliminar el mal concentrándolo en un objeto, animal o persona que posteriormente se alejaba o destruía. Ahora bien, siguiendo el parangón anterior, podemos decir que los cuatro conjurados de la novela asumen el papel del gran sacerdote, ya que, dando muerte al Chivo, cargado de todas las culpas del pueblo y simbolizando él mismo el Mal supremo, son ellos mismos quienes ejecutan en plan literario el sacrificio que llevaban a cabo los antiguos hebreos; más aún, la planeación del asesinato y la perpetración del crimen aluden simbólicamente al ritual que se celebraba el día de la expiación, cuando se consideraba que los pecados eran devueltos al espíritu cuya influencia perniciosa los había originado. Dicho en otros términos, con la aniquilación de Trujillo se produce el despertar de la nación dominicana, que confiesa sus pecados, se libera de las culpas y sacude el yugo que la tenía amarrada a las fuerzas maléficas. Ella vive así un momento de reconstrucción y reconstitución de la cohesión social mediante la expulsión de la violencia que circula en la sociedad encarnada en el chivo expiatorio, sobre el que se descargan las tensiones que de otra manera destruirían a la comunidad. La destrucción del chivo expiatorio, su asesinato por sacrificio, cumple para el pueblo dominicano una función catártica y, al mismo tiempo, reconstructiva.

Por otra parte, el panorama pluriperspectivista que tan generosamente ofrecen la antropología, la sociología, la psicología y el psicoanálisis, sitúa al chivo expiatorio - visto como objeto, persona o grupo en los cuales, por el mecanismo de proyección, se imputan culpas que deberían atribuirse a uno mismo o a otros - en relación íntima y directa con la *violencia* y la *fiesta*, conceptos mediados por la noción de *sacrificio*. En *La violencia y lo sagrado* (1972) y *El chivo expiatorio* (1982), el filósofo y antropólogo francés René Girard analiza el papel que desempeña la violencia en las comunidades primitivas y su relación con lo sagrado, y muestra asimismo que la violencia representa una amenaza constante para las sociedades que, aunque sistemas organizados, son sin embargo frágiles. Él indica como principal rasgo de la violencia su fuerza contagiosa, pero destaca igualmente su extraordinaria capacidad de buscarse objetos de repuesto y de transferirse fácilmente hacia seres inocentes y vulnerables, en otras palabras, hacia la víctima expiatoria. El supuesto culpable, único responsable de los males de todos, es apartado y sacrificado, ya que, al atraer sobre sí toda la violencia dispersa entre los miembros de la comunidad, él alcanzaba, mediante su expulsión, la inocencia de los demás. La escalada de la violencia sólo puede ser detenida por la elección unánime de un chivo expiatorio considerado como principal causa del desorden colectivo y cuyo sacrificio pone así fin a la crisis desatada en la comunidad. Canalizar la violencia que engendran las masas y enfocarla en un solo individuo al que se le atribuye la responsabilidad de una determinada crisis social permite a la comunidad disminuir el caos al que se ve periódicamente arrastrada. Al caos le sucede entonces un orden que se cree milagroso, de ahí que todo sacrificio esté acompañado del sentimiento de lo sagrado. Efectivamente, el sacrificio del chivo

BDD-A139 © 2011 Editura Universităţii „Alexandru Ioan Cuza”
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-13 07:50:54 UTC)

expiatorio tenía la capacidad de convertir la violencia maléfica - aquélla que altera a los hombres - en benéfica, como la que, enviada al mundo divino de donde procede, genera en la sociedad las formas rituales de orden para invocar su reaparición. El chivo expiatorio representa lo inmundo y lo puro a la vez, el mal que hay que desterrar y, simultáneamente, el elemento trascendente, puesto que el equilibrio social únicamente a través de su muerte se vuelve a restaurar[18].

El ritual sacrificial del chivo expiatorio, que tiene un efecto catártico para la violencia que se acumula en la sociedad, es comparado por estudiosos como Marcel Mauss o René Girard con una fiesta, que asume el sentido de una regeneración colectiva. El motivo de la fiesta como regeneración y recreación ha sido confirmado por Émile Durkheim, para quien ésta representa «la restauración periódica del acto instaurador de la sociedad, en la cual se reafirman los valores sociales y la representación jerárquica»[19]. Tesis compartida también por René Girard, quien afirma que «la fiesta se basa en una interpretación del juego de la violencia que supone la continuidad entre la crisis del sacrificio y su resolución. Inseparable ya de su epílogo favorable, la crisis misma se vuelve objeto de festejo». Por lo tanto, prosigue el erudito francés, junto a la fiesta tal como la evocamos debe existir igualmente una antifiesta: «en lugar de ser precedidos por un período de licencia y relajamiento, los ritos de expulsión del sacrificio rematan un período de extrema austeridad, un aumento de rigor en el respeto de las prohibiciones; en ese momento la comunidad tomará precauciones extraordinarias para evitar la caída en la violencia recíproca»[20].

En la novela de Vargas Llosa, el Chivo - representación del animal mítico-bíblico homónimo - reúne en su persona todos los atributos negativos que remiten a esta criatura de simbolismo plurivalente. Según la teoría de los temperamentos formulada por Hipócrates y Galeno, la cabra o el chivo corresponden al temperamento sanguíneo, respiratorio, móvil; en este sentido, se distingue la energía física y volitiva que poseía Trujillo, su mente ágil y lúcida, con particular propensión a la astucia y la duplicidad, el ansia de dinero - que tendía a prodigar con generosidad de manera típicamente impredecible - y la voluntad de poder. El cinismo y la convicción de universal omnipotencia que dimanaba sólo podían equipararse a su extraordinaria necesidad de adulación y propagación de su nombre, puesto que existía en él un sentimiento ególatra que con el correr de los años se convertiría en megalomanía. El chivo no está asociado únicamente a la tentación de la carne - símbolo de la caída en la lujuria -, a la sexualidad desaforada, sino también a la violencia, unida al libre curso dado al instinto y la emoción, y a las imparables fuerzas del Mal. Las actitudes y hábitos del dictador referentes a las mujeres eran notorios, así como notables eran también sus enormes apetencias sexuales. A caballo entre el chivo consagrado a Dionisos y el chivo destinado a Azazel, entre la mitología y la religión, Trujillo - el monstruo con

[18] Cf. Umberto Galimberti, *Diccionario de psicología*, México, Siglo XXI, 2002, p. 183.
[19] Umberto Galimberti, *óp. cit*., p. 505.
[20] *Ibídem*, p. 505.

BDD-A139 © 2011 Editura Universităţii „Alexandru Ioan Cuza”
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-13 07:50:54 UTC)

rostro humano o demonio con cuernos de chivo - es él mismo un semidiós, cuya divinización, por parte de sus secuaces y, hasta cierto punto, por el pueblo embrutecido, se hace patente en toda la obra; pero acaba siendo una víctima de la gente que tan férreamente había subyugado y con su inmolación expía los pecados de la comunidad y los suyos propios, aúna las energías negativas del pueblo encauzando la violencia y abre el paso para la reconstrucción de la nación dominicana, liberada y purificada ya del espíritu maligno de su opresor.

Bibliografía

Aguila, Y., Tauzin Castellanos, I. (coord.), *Les écritures de l'engagement en Amérique Latine / Las escrituras del compromiso en América Latina*, Bordeaux, PUB, 2002

Beigbeder, O., *Léxico de los símbolos*, 2ª edición, Madrid, Ediciones Encuentro, 1995

Biedermann, H. *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1993

Cota Meza, R., *El chivo expiatorio y los orígenes de la cultura*, in: *Letras Libres*, julio de 2008, http://www.letraslibres.com/index.php?art=13050

Filoramo, G., Barbero, V., Girardello, G., *Diccionario Akal de las religiones*, Madrid, Ediciones Akal, 2001

Galimberti, U., *Diccionario de psicología*, México, Siglo XXI, 2002

García Romero, R., *La ruta de una pasión danzaría. Entrevista a Darío Tejeda*, in: *[A]hora*, nº 1256, 27 de mayo de 2002, http://www.ahora.com.do/Edicion1256/SECCIONES/cultura2.html

Giuffré, M., *Iconografía e iconología de Baco. Las mutaciones de Dionisio*, septiembre de 2001, http://www.almargen.com.ar/sitio/seccion/arte/dionisios/index.html

Macías Rodríguez, C., *Elementos simbólicos y míticos en La Fiesta del Chivo, de Mario Vargas Llosa*, http://www.trazegnies.arrakis.es/chivo3.html

Márquez, E., *La era del merengue*, in: *La Jornada*, 20 de mayo de 2000, http://www.jornada.unam.mx/2000/05/20/esp1.html

*** *Santa Biblia* "Dios Habla hoy", 2ª edición, Madrid, Sociedad Bíblica, 1994

Sellier, P., *La Biblia explicada a los que aún no la han leído. Una guía para entender nuestro mundo*, Barcelona, Editorial Planeta, 1ª edición, 2010

Vargas Llosa, M., *La Fiesta del Chivo*, México, Alfaguara, 2000

BDD-A139 © 2011 Editura Universităţii „Alexandru Ioan Cuza"
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-13 07:50:54 UTC)